



I

## TRES POEMAS Y UNA CASA EN EL AGUA

Es una región sola, ya he hablado  
de esta región tan sola,  
donde la tierra está llena de océano,  
y no hay nadie sino unas huellas de caballo,  
no hay nadie sino el viento, no hay nadie  
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,  
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.

Pablo Neruda

Obispos buhoneros:  
volved las baratijas a su sitio,  
los ídolos al polvo  
y la esperanza al mar.

León Felipe

En una pequeña balsa vamos a estar tres meses en esa *soledad*, hombres y mujeres. Pero con la *esperanza* de aprender, fundamentalmente, cómo convivir en grupo, y cuáles son los orígenes de nuestras fricciones. ¿Debemos atribuirlos, en primera instancia, a aspectos sociales o culturales (religión, política, nacionalidad, idioma, etcétera) o tienen relación con la fuente racial de cada uno? ¿Qué sucede estando aislados pero en grupo: aumentan las tensiones o disminuyen en relación a la ciudad? ¿Qué ocurre desde el punto de vista sexual? ¿Está el Caribe tan contaminado como el Atlántico? Quisiéramos poder vivir algún día en paz.

No lo estamos logrando en la tierra. Bien podemos ensayar en el mar, del que, después de todo, salimos hace unos milenios.

Hemos construido una balsa de 12 metros de largo pero no llega a 7 de ancho, hecha de un pontón de acero con espuma de poliuretano expandido inyectado dentro. Llevamos sólo una pequeña vela y una cabina-pirámide de cuatro metros de largo por 3.70 de ancho. Justo el espacio para el cuerpo de cada uno, acostados. No se puede estar de pie. No llevamos motor ni electricidad. Sobre ella trataremos de cruzar el Atlántico desde las Islas Canarias hasta Yucatán.

Aprendí en las dos expediciones RA, a través del Atlántico en balsas de papyrus, que el mar constituye el mejor medio de aislamiento total para un experimento de comportamiento, y también de cooperación humana. Nadie nos puede ayudar, nadie

nos puede ver, no podemos ver a nadie, no hay salida posible, no hay vuelta atrás. Todo ello sin estar confinados en una prisión ni poder, en última instancia, abrir una puerta y decir: "Ya me aburrí, no puedo más, me voy a mi casa".

Hombres y mujeres, adultos, porque el mundo está hecho de hombres y mujeres.

No vamos pues a hablar desde esta balsa, pequeño verdadero laboratorio de comportamiento humano, de tiburones, ballenas, cachalotes, serpientes de mar, eléctricas o no, ni tampoco de sirenas, la Atlántida o los fenicios. Veremos muchos de los primeros y nos acordaremos de los segundos, pero nuestra ocupación, nuestro interés, nuestro estudio, es otro.

El Atlántico es un mar difícil, de olas altas y picudas que vienen de todas partes, sobre todo a lo largo de la ruta que seguiremos empujados por la corriente ecuatorial del norte y los vientos alisios. En principio, la balsa no puede hundirse. Es un pedazo de tierra sobre el que experimentaremos.

Abajo se escapa el mar  
en la misma luz que entrega,  
y aunque se escapa, no sale  
de las manos de la tierra.

Alfonso Reyes

Aunque los recordaremos, y viviremos parte de sus hazañas y aventuras, estamos lejos de Chichester, Bombard, el Kon-Tiki, Ra I o Ra II, o de "El Relato de un Náufrago" de García Márquez o del relato de la balsa en la que, en 1816 de manera dramática, se salvaron algunos de los que viajaban en la fragata "La Medusa".

Algo tenemos que ver con los grupos de hombres y mujeres, hoy tan de moda, que se reúnen en Cuernavaca, o en cualquier otra parte del mundo para, por razones de administración industrial, de frustraciones personales, de diversión a veces, o simplemente de desequilibrio mental en diverso grado, mejorar su situación o su grado de adaptación, encerrándose durante un día o dos con un psiquiatra. Algo también, con los experimentos (Tektita II) en los que, con fines de observación oceanográfica, mujeres solas viven unos días bajo el mar, en una estación sumergida, pero bajo la observancia intermitente, desde la superficie, por televisión, de un Big Brother. Algo que ver con los experimentos en submarinos sumergidos durante largo tiempo, hombres solos en la Antártida, estudios de dinámica de grupos en Tavistock, Inglaterra o en cualquier otra parte (sobre todo en Estados Unidos), o con vasta experimentación con el propósito de saber cuál sería el comportamiento de hombres, y cuáles sus reacciones y necesidades en posibles futuros largos viajes interplanetarios. Pero, insistimos, en



unos casos son sicópatas, en otros hombres solos o mujeres solas únicamente por unos días y en otros casos existe la jerarquización militar. Ninguno se ajusta a nuestros deseos e intereses.

Nuestro experimento constituye un riesgo humano y científico; un riesgo calculado. La balsa no es de papyrus ni de troncos, sino que es una balsa que podríamos denominar moderna.

No vamos en busca del pasado sino en busca de respuestas para hoy y para el futuro.

El riesgo es voluntario.

Si por fuerza o por mandato, más o menos una vez por cada generación en la breve historia de la humanidad, casi todo hombre se ve obligado a arriesgar su vida en guerras o situaciones sin sentido, ¿por qué no entonces participar en este riesgo calculado, voluntariamente, en busca de ideas y medios que nos conduzcan hacia la paz y la convivencia? ¿Y por qué no hombres y mujeres adultos, normales, fuera de regímenes militares y de opiniones preconcebidas y tradicionales, muchas de ellas, naturalmente, ya no vigentes, de lo que deben ser las relaciones humanas? Sócrates decía "Conócete a ti mismo". Píndaro nos aconseja "llegar a ser lo que somos", Karl Jaspers piensa que "lo que un hombre es aparece sólo a través de aquella causa a la que ha dirigido su vida".

Ni "el deseo del placer", ni la "búsqueda de la felicidad" (como tanto insiste la Constitución norteamericana) constituyen sustitutos válidos a la necesidad humana de estar constantemente dirigiéndose fuera de uno mismo, hacia algo o alguien ajeno a nuestra persona. Bien sea hacia algo cuyo significado queremos alcanzar o entender, bien sea hacia otro ser humano a quien entender y con quien comunicar. Son éstas, y no las primeras búsquedas, las que nos llevan a la felicidad, fuera o dentro de la ciencia, fuera o dentro del estudio. En otras palabras, la felicidad es la resultante colateral de un significado, humano o no, que se colma.

La alocución final de Walter Orr Roberts, Presidente saliente de la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, versó sobre "Después de la Luna, la Tierra". Esto es: sobre la necesidad de la ciencia, (sin que ello sea crítica a los proyectos de investigación del espacio exterior), de dirigir de lleno sus ojos, por todos los medios a su alcance, a hacer nuestro planeta más habitable (*Science*: 2 de enero de 1970, vol. 167, Núm. 5914, p.p. 11-16). La realidad es que ante los insultos ambientales causados por la tecnología humana, estamos rápidamente alcanzando los límites terrestres de posibilidad de supervivencia.

Tan ocupados estamos en ser, a través de la acción, que nos olvidamos de la enorme potencia generadora que el pensamiento constituye para la evolución de la humanidad. Es más bien *faber* que *sapiens* la verdadera designación de la especie actual del hombre. Como expresa Anaïs Nin (*Journal*, 1931-34, Stock; 1969) todo hombre normal se encuentra constantemente atormentado por la imagen que producen sus múltiples *yos*. En el hombre



normal de hoy estos *yos* se multiplican casi sólo a través de la acción. Si esta acción es científica y se ubica dentro del campo de las ciencias naturales, por ejemplo, realizamos investigación científica en dicho campo. Pero dado el necesario campo de *acción general* constante en que actualmente nos movemos, el pensamiento, la teoría, la meditación, la integración de los datos del investigador científico, se realiza en función *sólo o casi sólo* del campo limitado en que científicamente nos movemos.

El pensamiento formal, tan productivo, en la exacta aceptación de la palabra, casi no tiene cabida. En una expedición-experimento de metodología tan heterodoxamente sana como Acali, los otros *yos* que quedan fuera de la acción científica dirigida hacia la normal experimentación ortodoxa, afloran, perciben sus límites, y nos enriquecen. Claro que habrá quien califique lo anterior de locura, o con más benevolencia, de desequilibrio científico. Pienso, no obstante, *que si en otros campos, apartarse con pasión y claridad de intento de las normas ya conocidas y experimentadas produce resultados (pintura, poesía, música), ¿por qué, con nuestro espíritu de investigación científica, negarnos esta venturosa posibilidad? ¿Porque tiene riesgos? ¿Qué aventura grande del pensamiento o de la integración científica no los tiene? ¿Qué vamos a encontrar exactamente? No lo sé. El gran biólogo Szent-Györgyi entiende la investigación como un ir hacia lo desconocido con la esperanza de hallar algo nuevo y valioso. Si de antemano sabemos lo que vamos a hacer o lo que vamos a hallar, entonces no estamos haciendo para nada investigación, sino sólo realizando una especie de honorable trabajo, más o menos burocrático. El hombre de ciencia no está hecho para deambular por anchas calles o por senderos ya trillados. Su afán lo lleva —debe llevarlo— a hurgar en la noche de lo desconocido, de lo dudoso.*

Su quehacer le hace —debe hacerle— experimentar desde hipótesis distintas a las del ayer, sin menospreciar la posible vigencia de experimentos del pasado concebidos para situaciones o mundos válidos, aunque anteriores.

No teniendo —no debiendo— caminar por calles conocidas, (o nadar en piscinas de aguas controladas), el científico puede —debe— abocarse a todos aquellos aspectos de la investigación alrededor de los que el adocenamiento, la convención, la rutina, la imitación, el gregarismo, la fatiga, la facilidad, la comodidad, la conveniencia política, el sectarismo, la inercia, etcétera, han levantado una muralla circular, aparentemente infranqueable. Ello, tanto dentro del campo estricto de la investigación científica, como del más ancho de la vida.

Nuestro experimento no es ni una orgía sexual, ni una locura, ni va en contra de la familia, ni pretende solucionar todo. Pero la paz no es estar sentado a la derecha de Dios Padre, ni en zapatillas, en casa, con los niños jugando, la chimenea prendida, la

mujer hilando, el gato jugando con las madejas, y fuera, en el campo, el pastorcillo cuidando las ovejas y tocando la flauta. No. La paz, como he dicho en alguna otra parte, no supone inmovilidad y estancamiento, sino al contrario: búsqueda, esfuerzo e incluso audacia. Nos atrevemos constantemente en ciencias naturales a toda clase de experimentación con átomos y protones, y a nombre de la tecnología se llevan a cabo explosiones atómicas u otros experimentos de diverso género. Pero en ciencias humanas, nos vemos cohibidos al querer experimentar con nosotros mismos. Nos entremetemos constantemente, pero somos reacios a experimentar cuando las condiciones se acercan a la verdadera realidad. Así, la ciencia y la investigación científica siguen su camino, y la vida —o la muerte—, el suyo propio, sin, a veces, relación alguna.

La guerra es una invención humana. ¿Es que acaso no será posible que el mismo ser que inventó la guerra, pueda inventar la paz?

Espero que este experimento, humilde, sencillo, pero válido y real, aporte algunos datos al respecto.

## II

### ACALI Y LA INVESTIGACION CIENTIFICA

Como hombre de ciencia, creo poder afirmar que la investigación científica está un tanto desintegrada en casi todo el mundo. Para buen número de los que laboran en ciencias humanas, los investigadores en ciencias naturales son sólo útiles en el terreno tecnológico que nos lleva a concebir la utilidad del médico cuando estamos enfermos; de la química para la industria; de la física e ingeniería, sobre todo en problemas de comunicación: hablar por teléfono, oír la radio, ver la “tele”, ir a París, de la genética si tenemos un hijo con alguna malformación congénita, etcétera.

Así, en general, el pensamiento les parece a muchos de los que cultivan las ciencias humanas, y en particular a algunos escritores, como un atributo casi exclusivo de ellos. Los que se ocupan de amibas, protones, sales o reactores no piensan. Son sólo una especie de “mono desnudo” de D. Morris o de “mono demente” de A. Szent-Györgyi.

Algunos de los hombres de ciencia más valiosos en el mundo, a los que me he acercado buscando asesoramiento científico para el proyecto Acali, se entusiasman: “es lo que se debe hacer, Dr. Genovés”. Otros: “es una locura, un riesgo. ¿Qué pretende usted encontrar?” Contesto de nuevo con Szent-Györgyi: la investigación es como un ir hacia lo desconocido con la esperanza de hallar, entonces no estamos haciendo para nada investigación, sino sólo realizando una especie de honorable trabajo, más o menos burocrático. Tres ejemplos más:



La Fundación Nobel acaba de publicar el discurso que hubiese pronunciado A. Solzhenitsyn si se le hubiese permitido acudir en 1970 a recibir el Nobel de Literatura. El autor ruso señala que el mundo civilizado "no ha encontrado más que concesiones y sonrisas que oponer al repentino y renovado asalto de desnuda barbarie". Para él existen dos foros de oposición que nos han fallado: las Naciones Unidas y los *hombres de ciencia*.

Solzhenitsyn, quien cursó la carrera de matemáticas, se refiere a los hombres de ciencia en estos términos:

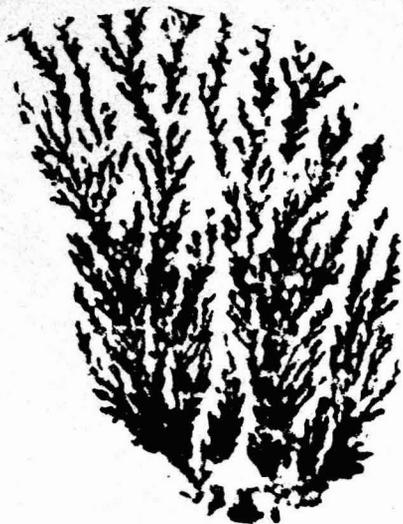
"Parecería que el aspecto del mundo contemporáneo depende únicamente de lo que hagan los hombres de ciencia, ya que son ellos quienes determinan todos los pasos técnicos de la humanidad. Parecería que la dirección que tome el mundo dependerá precisamente de la buena voluntad de los hombres de ciencia, en vez de la de los políticos. Ello todavía más cierto dado que el ejemplo de unos pocos muestra lo mucho que se podría hacer si todos trabajasen al unísono. Pero no: los hombres de ciencia no han dado prueba patente alguna que los lleve a constituir una fuerza importante, e independientemente activa, de la humanidad. Transcurren congresos enteros en los que los hombres de ciencia no hacen más que alejarse de los sufrimientos de los demás. Es mejor cobijarse dentro de la seguridad de los presuntos científicos. El mismo espíritu de Munich los ha cubierto con sus enfermizas alas". Esto es: Solzhenitsyn creía en los hombres de ciencia y piensa que hemos fallado.

Hace un par de años hubo una gran reunión, al más alto nivel, de hombres de ciencia sobre el tema "Ciencia para la Humanidad"; y en ella un simposio sobre "Amenazas y Promesas de la Ciencia". El simposio fue coordinado por A. Koestler, estando presentes varios Premios Nobel. Transcribo lo que la seria revista *Science Journal* de Inglaterra dice de dicha reunión: Los hombres de ciencia... "lo hicieron asombrosamente mal... lo que dijeron constituye una jerga confusa e ilógica de premiosa retórica, como pocas veces se ha oído en una comunidad de científicos".

"La ciencia requiere, por lo tanto, nuevas miras, nuevas formas de expresión, que no se conformen con pasar la retórica tradicional y arrogante, que no tiene, en el mejor de los casos, ningún interés para los problemas vitales que se tocan, y en el peor de los casos, no es más que una sarta de mentiras engañosas e irracionales."

Por último, concuerdo con Lerner (1970) en que la "preocupación primaria de los biólogos en 1970 no radica en la curiosidad de descubrir homúnculos bajo modernos microscopios, o intereses semejantes, sino más bien en la evaluación responsable de los descubrimientos... en predicciones calificadas de las consecuencias de los mismos; en la acción política individual, tendientes y de interés todos, no a la satisfacción de la curiosidad o vanidad humanas, sino a lo que es más importante, al bienestar humano."

Esto no es demagogia. Es la verdad. O nos ocupamos de



nosotros mismos o vamos a acabar muy pronto con esta nave insólita y solitaria llamada Tierra y con el mono inquisitivo que la habita. Escribía Schweitzer hace unos años: "Nuestra era ha logrado separar el conocimiento del pensamiento, de tal forma, que hoy poseemos una ciencia libre, pero apenas si ciencia alguna que reflexione". Lo que escribía Schweitzer hace unos años, continúa siendo cierto. Necesitamos una mayor humanización del científico, una mayor humanización de la ciencia, por arriba y por abajo de teorías políticas y económicas más o menos de modo, y más o menos válidas.

En un libro reciente sobre la guerra de Vietnam, escribía Berstan el año pasado que "no se conoce en la historia de la humanidad una serie de pasos tan intrincados como desastrosos supervisados por tanto talento y entrenamiento".

Los políticos poseen asesores científicos, pero los asesores científicos metemos la pata con frecuencia, por carencia de datos de dimensión sociológica y psicológica. El dinero, la industria y la economía no son todo.

Necesitamos en la América Latina en vías de desarrollo, más investigación básica y aplicada sobre comportamiento humano. Ello por arriba y por abajo del estudio de dictadores, gorilas, intervencionismos, planes de desarrollo, o golpes de estado. Y esto a niveles tan científicos, como las investigaciones sobre genes, electrones o geofísica, pero con metodología y técnica muy diferente. Es tan importante la investigación de los protones como la del hombre que, en el fondo, es el que los crea y los piensa. No cabe duda que sobre el Acali vivimos, de hecho, una verdadera aventura. Pero una aventura humana. Seguramente alcanzaremos nuestro límite de ballenas, medusas, delfines, tormentas, olas, tiburones, y mar. Pero ello no es nuestro tema ni nuestro interés. Para esto sobran aventureros.

Nos asesoran, en diferente grado en el proyecto: Donald B. Lindsley, Profesor de Psiquiatría, Psicología y Fisiología y Director del Departamento de Psicología de la Universidad de California, Los Angeles, Director también del estudio sobre "Misiones de larga duración"; Louis T. West, Director del Instituto de Neuropsiquiatría de la Universidad de California, Los Angeles; Pierre Simón, fundador del Movimiento francés para la Planeación Familiar, sexólogo y ginecólogo, París; Gaston Bouthoul, Director del Instituto de Polemología de París, F. H. M. Reveau, Director del Centro de Psicología Social de París; E. Echeverría, Director de la Subsecretaría para el Estudio del Ambiente, México; Dr. Roberto Derbez, Consultor en Terapia Familiar del Hospital Infantil de México; Doctora Nelly H. de Díaz, Doctora en Psicología Clínica; Doctora Marisa F. de Valdés, Profesora de Psicología de la Universidad Iberoamericana, México; Doctor Leopoldo Chagoya, Profesor de Psicología de la Universidad Iberoamericana, México; Profesor Héctor Borbolla, antropólogo social, México; Doctora

Denise de Castillo, Grafóloga Agregada a la Suprema Corte de la Ciudad de Caen, Francia; Doctor Paul Hare, Director del Centro para la Resolución No Violenta de Conflictos, Filadelfia; Doctora Françoise Morin, Directora de Investigación de la Escuela Práctica de Altos Estudios, París; Doctor Lucien Mironer, Psicosociólogo, Director del ARCMC, París; Profesor Solomon Katz, director del W. M. Krogman, Centro para Estudios del Crecimiento, Filadelfia; Doctor Emiliano de Aguirre, Subdirector del Instituto de Paleontología Lucas Mallada, Universidad de Madrid; Profesor Jacques Ruffie, Director del Centro de Hematología, CNRS, Toulouse, y Presidente del Consejo para el Estudio Científico del Ambiente, París; Doctor M. Aubert, Director del Centro de Investigaciones de Biología y de Oceanografía Médica, Niza.

Durante la primera expedición RA parte de la población francesa residente en Safi, le dio, al parecer, un significado particular a que fuéramos siete. Al número siete. Siendo siete, esto es, un número impar, se impediría, según me dieron a entender, la formación de parejas homosexuales sobre la balsa... Es cómico, triste, pero real, y por lo tanto interesante, que algunos de los que aparentemente estuvieron en mayor contacto con nosotros, ayudándonos u observando de cerca los preparativos y en fin, viéndonos partir, concibiesen una tesis tan disparatada. El problema radica ahí: el hijo propio y el ajeno; el que está dentro y el que está afuera; el sordo y el que oye; el blanco y el negro. Nos falta esa zona intermedia, la penumbra. Esa zona de identificación que se produce en el foot-ball entre el espectador y el jugador, y en el cine entre el protagonista y el espectador. Nos falta humanizar y extender esa zona de comunicación que identifica y hace que entendamos. Extender no sólo a breves niveles de acción (foot-ball), heroicidad o romanticismo (cine), ¡sino a los amplios y reales campos humanos! ¡Qué lejos estamos de ser tan humanos como creemos que somos! ¡Qué lejos estamos de lograr ni siquiera un mediano entendimiento y comunicación entre nosotros!

En fin, este es para mi el tema de Acali, aunque posee tantas variaciones y tantos niveles que es fácil perderse. Para no hacerlo demasiado hago punto aquí.

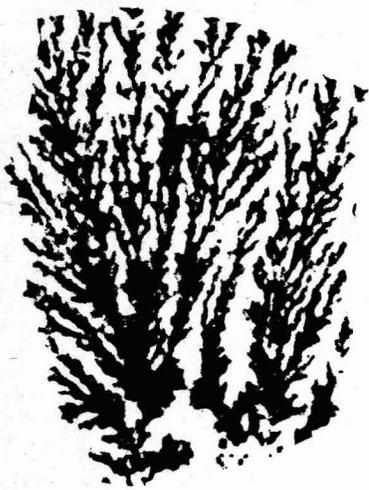
Debido al esfuerzo que por naturaleza se hace para simplificar, para llegar a conclusiones y a resultados concretos, el análisis científico "normal", constriñe la expansión de la personalidad. Se empobrece así tanto el investigador como, en última instancia, la ciencia. *Es necesaria una actitud creadora, desde un estado semejante al del artista, para extraer al hombre y a la ciencia de los límites analíticos que no analizan, por desgracia casi nunca, los significados que le dan sentido a la ciencia, y la llevan a integrarse con la historia, el mito, la filosofía, el arte y la religión.* Creo que es cierto, que al menos parte de la ciencia, está dislocada. Como cualquier otra actividad humana, la investigación científica la



realizamos hombres pequeños, medianos y grandes. Todos, grandes, pequeños y medianos, nos venimos, desde hace años, desligando de la vida, apartándonos por lo tanto, del significado humano y trascendente de la investigación científica. Con excepciones, claro está, de algunos pocos hombres de mayor o menor estatura en la investigación. Este alejamiento es más notable en las ciencias naturales que en las humanas, tanto por el carácter intrínseco de las primeras, como por el mucho mayor adelanto que éstas han experimentado, comparativamente.

Algunas personas de gran valía y prestigio en la ciencia ven en el experimento Acali lo que es: un experimento de valor científico y de significado humano. Otros, no obstante, lo ven como un juego más o menos peligroso, y aún otros me han comentado, con cierto toque de reproche, que un hombre de ciencia cuesta y vale demasiado como para que tome semejante riesgo. Pienso que aunque la experimentación, en condiciones reales nunca es fácil, el experimento vivo y vivido posee un valor único: Ni basta la palabra para explicar la vida, ni la experimentación e integración científica abarca el sentido humano de la ciencia. Siguiendo lo que anota Johan Galtung en su trabajo "Programas Internacionales de Investigación de Ciencias del Comportamiento sobre Supervivencia Humana", nuestro proyecto se inscribe, un tanto, dentro de terrenos prohibidos.

Toda proporción guardada, y comentando a Galtung, "Colón, Cajal, Leewenhoek, Galileo, Pasteur, Kinsey, tenían eso mismo en contra: adentrarse en territorio prohibido. Así un renombrado etólogo, al saber de nuestro proyecto, no lo aprueba del todo porque cree que "plantea serias implicaciones de carácter ético". "Que estamos llevando a personas hacia relaciones extra-maritales", "¿qué clase de hombres y mujeres va usted a obtener, que se prestan a semejante experimento?", etcétera. Nuestra contestación fue que los que vamos, incluyéndome a mí, nos consideramos personas normales, bien integradas en tierra, suficientemente bien integradas como para darle valor real al experimento. En investigaciones de todo género sobre la paz, sobre comportamiento humano, nos encontramos continuamente ante aspectos humanos que por convención no deben tocarse: la religión, la acción política, los problemas sexuales, la familia, los militares, la sociedad, el comportamiento de los intelectuales, etcétera. Y por no tocarlos, así estamos (Vietnam, España, los Kennedy, el jet libio, Corea, las favelas, negros contra blancos, Biafra, Tlatelolco, Munich, asaltos aéreos, Israel, Palestina, Siria, Egipto, Guerra Europea I, los tupamaros, Irlanda, Apartheid, Guerra Europea II, Pakistán del Este, la India, israelitas en la Unión Soviética, comunistas en Brasil, Argel, Bahía de Cochinos, etcétera.)



### III

#### EL ACALI Y LA AVENTURA DEL PENSAMIENTO UNICA AVENTURA HUMANA

¿Por qué el mundo presta tanta atención a expediciones o a experimentos de este género? Chichester, las RA, Bombard, Acali. Creo que es porque representan y constituyen una gran aventura, de las que en el mundo de hoy ya apenas si existen. Con el advenimiento de los medios de comunicación, ir hoy desde México a Irán o desde la Ciudad del Cabo a New York, ya no es aventura. Ya no hay enfrentamientos con la naturaleza, y el enfrentamiento con la naturaleza, la aventura, ha constituido un elemento fundamental en la evaluación biológica y anímica del hombre. Hoy en día la aventura física, esto es, la aventura como se concebía hasta hace 30 o 40 años, ha sido brutalmente cortada como parte de las experiencias normales del hombre. Nos queda sólo la aventura del pensamiento, y no estamos suficientemente bien condicionados y educados para darnos cuenta que es precisamente esta la única aventura ilimitada que nos queda. Nos atreveríamos a postular que se aprecia hoy claramente esta carencia de aventura en la forma de vestir de los jóvenes y aun de los no ya tan jóvenes. En New York, en México, en Londres sobre el pavimento, con botas altas, cinturones gruesos, chalecos de cuero y aun con una especie de sarakof, parecen estar vestidos no para el paseo matinal o nocturno por Greenwich Village, Chelsea o la Zona Rosa, sino listos para una dura expedición en la selva o en el desierto. ¡Afan de aventura física que ya no existe!

Acali, en la superficie, constituye una aventura física, pero en realidad nos va a servir para adentrarnos en la verdadera aventura, la del pensamiento, la de la total involucración.

Escribía Anaïs Nin hace algunos años: "Es tan raro, tan insólito, todo contacto con un ser humano, que deberíamos encontrar la forma de preservarlo."

Y este mismo año Françoise Giroux nos dice: "No hay nada más raro que una relación humana lograda."

El mundo posee, cada día, mayor número y centros urbanos más complejos. Pero en el interior de cada uno el individuo permanece, también cada día, más aislado dentro de las aparentes facilidades que existen para comunicarse. El hombre es el verbo que se plasma en la cultura, que debe ser comunicación, transmisión vivida. Los electrones, los átomos, la doble hélice, los aviones, la radio, la televisión, el teléfono, etcétera, a nivel técnico; o la física, la antropología, la psicología, la filosofía, la bioquímica, la cibernética, la genética, a nivel científico, no han logrado, aparentemente, que la verdadera comunicación entre los hombres haya avanzado un ápice. Si consideramos la falta de espacio cada día mayor en las urbes, se hace todavía más dramática e inconcebible la falta de comunicación humana a nivel individual.

Aquí, en medio del mar, totalmente aislados volveremos a constituir una tribu cuyos miembros se conocen entre sí como pocos seres se llegan a conocer en toda una vida en el mundo actual.

Escribía Sartre en alguna parte, que los hombres que tienen que vivir juntos, en un espacio cerrado, o se quieren o se matan entre sí. Creemos que no sucederá lo último, pero no sin dificultad. Dificultad que estudiaremos.

En el fondo, la cosa es simple para nuestro estudio: conocerse sin posibilidad de aislarse. Nos hace buena falta una epidemia de simplicidad. Y el Acali, "la casa en el agua" con hombres y mujeres, sin motores ni electricidad, es algo bien simple. Nos ocurre en tierra, con frecuencia, que estamos tan metidos en la línea de producción, en lo que se tiene que hacer, en lo ortodoxo, en lo convencional, que cuando alguien se sale de esta rutina preconcebida, el hecho parece extraño. ¿Es que no tenemos el derecho y aun la obligación de ser nosotros mismos? Para serlo, tenemos que conocernos y conocerse. En el fondo, como decía Alain, la verdadera cultura no se hereda, no se transmite; ser culto significa en cada aspecto, llegar hasta las fuentes y beber en el hueco de las manos y no en una copa que nos presten para el caso; a lo que añade Ionesco que "la verdadera cultura viva es creación, ruptura, cambio, evolución e inclusive, revolución". Bebiendo en el hueco de las manos, y con la ruptura de muchos patrones sin sentido, esperamos entendernos en Acali, y que ello tenga valor y significado para otros.

Se hereda una parte de lo que somos y tenemos que aprender lo demás solos, a través de nosotros mismos, filtrando los conocimientos hacia la vida y dándoles nuestra propia personalidad. De lo contrario nada somos. Y entre *nadas* no hay comunicación. He ahí el problema. En Acali, unos pegados a otros, cada quien es quien es, pero hay comunicación, verbal y no-verbal, pero entendimiento de quién es quién en todo su volumen, y no sólo de una parte menor, como en los ratos convencionales de oficina o de cocktail party. Estamos cerca, al menos de una parte, de la verdad, ya que cada uno es algo y comunica. No hay cosificación. Ello proporciona una gran felicidad, a pesar de que hemos perdido una gran parte de una de las fuentes de confort que más nos importan: la de los hábitos. Con toda humildad, creo que estamos logrando, con riesgo y con esfuerzo, una de las cosas de las que más se carece en nuestra civilización, como dijo el gran escritor E. Berl; una de las cosas de las que tenemos más urgente necesidad; una de las cosas a las que la civilización, en el fondo, aspira: la fraternidad. Fraternidad que no es todos cogidos de la mano subiendo una colina y cantando La Internacional o La Marsellesa, sino la comprensión de que cada uno de nosotros en nuestro devenir constituimos, fatalmente, una constante y viva contradicción, una constante y viva aventura única del pensamiento. Y esto igual para hombres que para mujeres.